

# El último cartucho

*A la memoria de mi padre*

Resultaba muy extraño, pero tan sólo le preocupaba el equilibrio de las maromas con las que descendían la caja; ni siquiera le sorprendió ver tan nítidamente a través de su tapa como si, en lugar de madera, fuese de cristal. Divisaba perfectamente a sus hijos situados en un primer plano, junto a la fosa: las chicas llorando; los chicos en un tenso silencio. A su lado el cura y los sepultureros, manejando las maromas con precaución; detrás, un poco apartados de la fosa, un grupo de personas cuyo rostro no podía distinguir. Sí, podía ver claramente todo aquello sin sentir ninguna emoción, ni siquiera la de la extrañeza de verlo. Únicamente le preocupaba que no se cayera la caja, que descendiera equilibradamente hasta posarse en tierra. Cuando al fin lo lograron, tuvo una sensación de paz. Entonces los sepultureros lanzaron la primera paletada sobre el ataúd; pero no fue el ¡plof! sordo y seco que tantas veces había ya escuchado lo que oyó, sino un ruido distinto, un ruido más leve y espaciado. Como si en lugar de una palada de tierra fuera un puñado de gravilla lo que lanzaran; como si en lugar de unos terrones sobre el ataúd, fuesen gotas de lluvia tamborileando en los cristales.

Y precisamente eran eso: gotas de lluvia. Estaba lloviendo. El aguacero azotaba los cristales de la ventana de su cuarto mientras él permanecía en su lecho, ligeramente agitado por la pesadilla y lo brusco del despertar. Estaba lloviendo... «¡Vaya por Dios! Precisamente hoy tenía que ponerse a llover. Durante toda la semana un sol de gloria, y el domingo que se levanta la veda, tiene que caer el chaparrón...».

Su mano tanteó hasta encontrar la pera. Encendió la luz y miró el reloj que estaba sobre la mesilla de noche, junto a las tabletas para el estómago. Las cuatro y veinte —se dijo—; ¿dónde voy a ir yo a estas horas? Aunque, bien mirado, como siga cayendo de esta forma, no sé dónde demonios voy a ir...

Se levantó y, calzándose las pantuflas, se encaminó lentamente arrastrando un poco los pies hacia el cuarto de baño. Con la próstata, hasta perdía la cuenta de las veces que debía levantarse a orinar. Y en el campo le pasaba lo mismo: cada dos pasos, detenerse. Así ni se podía cazar ni se podía hacer nada. ¡Valiente castigo!

Mientras se dirigía al comedor, oyó a la perra gemir y revolverse en su cuarto. «¿Qué te pasa, tonta; chillando en sueños a los conejos?». También tenía ya sus años la perra, también. «Ella en perro y yo en hombre, tal para cual».

Encendió la luz y tomó del frigorífico una botella de leche. Se sirvió medio vaso y cogió unas cuantas galletas de un paquete que había en el aparador. Le hacía raro el verse allí, bebiendo leche, él que siempre se había desayunado con una copa de anís. Pero desde hacía algún tiempo, desde un poco antes de morir la vieja, nada de anís. El anís le abrasaba el estómago. Bueno, el anís y la cerveza; así que también se acabaron aquellas cañas que tomaba a mediodía y al anochecer, y que, con las tapas de cocina,

casi le servían de comida y cena. Nada de anís, nada de cañas, nada de nada. ¿Qué le quedaba ya?

Le quedaba la casa. Sus ojos cansados recorrieron las paredes donde colgaban los retratos de los hijos y de los nietos. Un buen puñado. Al echar la cuenta de ellos, siempre se olvidaba alguno. Y con tantos hijos, con tantos nietos, estaba allí, en aquella casa que ya antes resultaba demasiado grande para la abuela y él, sin otra compañía que la perra.

Cuando la vieja murió, los hijos le plantearon el problema: «Tú no puedes quedarte solo en la casa, papá». «Bueno —replicó—, pues a ver qué solución me dais». Ellos tampoco lo tenían muy claro. No sabía si alguno pensó en la Residencia, pero el caso es que nadie se atrevió a mencionarla. Ya lo había dicho él muchas veces: «Antes de que me encierren allí, con esos pobres borregos, me pego un tiro». Así que eso, ni lo mentaron. Tan sólo insistieron que debía irse a vivir con la única hija que le quedaba en el pueblo. «Vamos —dijo al fin—, no os canséis más. Son muchos años viviendo aquí para que ahora me ponga de mudanzas. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Y que sea lo que El quiera».

Así es que continuaba en aquella casa, que ahora le resultaba tan grande, sin otra compañía que la de la perra, aquella perra tan vieja como él. Resultaba curioso lo de aquel animal... Cuando se la llevaron, —y de esto hacía ya catorce años— era sólo un ovillejo de lana negra, un cachorrillo aún sin destetar. El la cogió, y al sentir en su mano su calor palpitante, tuvo la impresión de que no era la primera vez que la cogía. De pronto, recordó: *La Mora*. Allí, en su mano, un ovillito temblón, todo cubierto de pelo negro, brillante y sedoso. Hasta ellos llegaba el retumbar de los cañonazos y se veían nítidamente las columnas de humo que se elevaban del otro lado de la sierra. «Hoy se están zumbando bien —dijo el Eutiquio—; y lo malo es que con este zafarrancho, ya ni puede salir uno al campo por temor de una bala perdida o de encontrarse con los militares y que te quiten la escopeta». «Eso si se da bien la cosa —le replicó—; porque si están de mala leche, te fusilan por no haber entregado el arma». «En fin —dijo el Eutiquio— que tampoco va a dejar uno la caza por esta mierda de guerra; así que a lo nuestro: me das un duro, y el cachorro es para ti. El padre es medio chusquel, pero la madre setter legítima. Ahora, yo te aseguro que estos bastardos son los mejores. Antes de tres meses la estás matando conejos». «¿Matar conejos a ésta? —le habían dicho cuando la enseñó—. ¡No nos hagas reír! Allí en tu tierra, puede que una medio setter sirva para algo; pero aquí, con esta aspereza y esta sequedad, todo lo que no sea un buen podenco...» «Bueno, bueno, reiros; pero esta es igualita que otra que tuve en mi tierra y que me dieron también de cachorro. Pues como salga sólo la mitad que aquélla, el que se va a reír voy a ser yo. De vosotros y de vuestro podencos...»

En su cuarto, *La Mora* seguía chillando en sueños. ¿Qué soñarían los perros? Seguro que soñaba con la caza, y por eso latían. «Sabe que hoy es el primer día, seguro que lo sabe. No sé cómo se las arreglan, pero los perros lo saben todo. Aunque con este tiempo, no sé dónde demonios vamos a ir».

Entró en su cuarto y se metió en aquella cama de matrimonio que, como todo, le venía ya demasiado grande. El aguacero continuaba golpeando en los cristales. «Tam-

bién es mala leche. Hoy, precisamente hoy, tenía que ponerse a llover. Pues como siga así me quedo en la cama. Sería la primera vez que fallase a la desveda».

Echó la cuenta. Setenta años. «Porque tenía diez la primera vez que papá me llevó a Valonsadero. Claro que él no lo hacía por mí, sino por su interés; para que pudiera meter de matute toda la caza que mataba sobre el cupo que habían fijado en el coto». Su padre le ataba a la cintura la ristra de conejos y perdices, dejándose él los justos en la percha y en el morral; luego le envolvía en una manta y, cuando se cruzaba con el guarda, empezaba la comedia. «¿No ve usted? —refunfuñaba—; ya está muerto de frío. Mucho papá, papá, llévame; y luego no puede con su alma. No sé a quién ha salido tan flojo». «Dele usted tiempo, mi capitán. Los hombres son como los perros; hay que hacerlos cazando. Dele usted tiempo y verá cómo dentro de un par de años es él quien nos cansa a todos». «No sé, no sé... En fin, antes de dar la última mano, echemos un cigarro. Y tú vete ya para casa, que me da no sé qué verte con la lengua fuera». La lengua fuera... ¡Menudo era el capitán! Ahora, eso sí; escopeta y vista como la suya no había encontrado otras en su vida. Ya lo decía Leandro, el médico: «Con el ojo y el pulso de éste, no me extraña que le dieran la cruz en Cuba. ¡Apañados estaban los mambises!» «Quienes estamos apañados —replica el tío Florencio— somos nosotros; porque este, Leandro, acaba con el coto él solito».

Allá en su cama, mientras escuchaba el tamborilear de la lluvia, veía a su padre sentado entre el médico y su tío Florencio; los veía tan claramente como si estuvieran en la habitación. Era curioso, pero desde hacía un tiempo cada vez recordaba más aquellos días en que acompañaba a su padre esperando que éste le dejase pegar algún tiro, aunque eso ocurría muy raras veces, pues a su padre sólo le interesaba que sacase oculta la caza. Recordaba aquellos días, y, al recordarlos, siempre se le ocurría aquella idea tan tonta: la de empezar de nuevo. Que morir no fuese morir sino empezar otra vez. No es que uno no muriese; todos tienen que morir, eso es algo que ya se sabe. Pero lo que nadie sabía es lo que pasaba en realidad. Uno veía la muerte desde fuera, desde el lado de los vivos. Se ve el entierro; los sepultureros que meten la caja en el nicho; los amigos que, de vuelta del cementerio, entran en un bar para echarle las honras. Pero ¿y el muerto? ¿Qué veía éste, el muerto? Eso es lo que no sabía nadie. Y a lo mejor lo que ocurría es que uno se quedaba dormido y de pronto escuchaba la voz de padre que decía: «Vamos, dormilón, espabila que ya clarea». Y entonces él se despertaba con la alegría de acompañarle a cazar por primera vez; y estaba otra vez allí, junto a su padre, recibiendo en la cara la bofetada estimulante del frío viento del Moncayo, y sintiendo cómo se le llenaban los pulmones de aquel aire otoñal impregnado con el aroma del tomillo húmedo de escarcha, mientras corrían los dos como locos hacia la ladera donde la perdiz, que se había levantado demasiado larga, iría a posar su vuelo...

Claro que aquella era una idea tonta, pero últimamente no se la podía quitar de encima. Porque, además, estaba lo de aquella perra. No es que fuera igual, lo que se dice igualito que la otra; es que parecía la misma; es que era la misma. La misma forma de cazar, la misma constancia para machacar el monte metiéndose en todas partes, sin que la asustasen las zarzas más espesas ni las aliagas más agudas; sin dudar en entrar en el río para cobrar un azulón o una gallineta aunque la arrastrase la corriente dos kilómetros; levantando, a pesar de sus pocos vientos, caza donde no la levantaba nadie...